

CAPITULO II

Organizacion interior

No consta en ninguna parte que al establecerse los suevos en su territorio lo hubiesen hecho mediante un arreglo legal con los propietarios de las tierras, pero es regular que sucediera así, porque el pacto que hizo el emperador Honorio con ellos supone el empleo del sistema llamado de hospitalidad ó sea la cesion de una parte de cada heredad á los invasores. Esto en cuanto al primer establecimiento legal; despues, cuando se derramaron los suevos fuera del territorio que les habia cabido en suerte, como solo se trataba de excursiones de saqueo, por ejemplo desde 430 á 440, no habia toma de posesion formal; todas sus salidas no tenian mas objeto que la destruccion y rapiña en los distritos y ciudades que ocupaban, y que asolaban y saqueaban para abandonarlas despues aunque se les entregasen pacíficamente.

Jamás usa ningun autor el nombre de Suevia ni otro análogo para designar el territorio ocupado por los suevos; solo se citan los conventos ó distritos en que estaba dividido el país como en tiempo de los romanos; á saber, el de Braga, el de Asturias, de Lusitania, etc.

Particular es entre los suevos la constante co-existencia de dos reyes, que debia tener su origen en una innata inclinacion y antigua tradicion de esta raza de dividirse en dos grupos, uno occidental y otro oriental, costumbre que se conservaba á pesar de lo fatal que era para la independencia, y á pesar de las frecuentes ocasiones de reunirse los dos grupos en uno solo cuando uno de los reyes desaparecia de la escena por alguna coyuntura casual. Así tenemos los diferentes reyes simultáneos: Hermerico y Hermigaro; luego Hermerico y Rechila; Aiulfo y Maldra; Maldra y Franta; Maldra y Remismundo; en este último caso es la duplicidad aun mas chocante, porque estos dos últimos reyes eran padre é hijo; y por último Remismundo y Frumario (1).

Nada sabemos respecto de las categorías sociales entre los suevos, si habia familias nobles, etc., pero respecto de los provinciales ó sean los oriundos del país, es natural que presentasen las mismas clases sociales, municipios con sus fueros y jurisdiccion como en el resto de la peninsula y demás provincias del imperio romano; solo que el aislamiento en «el rincón mas apartado de Europa,» como los mismos hijos del país decian, la consiguiente separacion de otras regiones civilizadas junto con la mayor rudeza de los suevos, y lo agreste de las montañas, debian de ser otros tantos obstáculos al progreso intelectual y de la civilizacion.

Del poder real y de sus atributos solo sabemos que el rey era el jefe de los hombres en armas en la guerra y juez supremo con derecho de gracia en tiempo de paz, segun se desprende de dos hechos, uno legendario, pero el otro histórico. Habia un tesoro real, porque los reyes cambiaban presentes con otros reyes extranjeros, hacian donaciones y regalos á las iglesias y acuñaban moneda, conforme lo prueban positivamente las que se han encontrado en diferentes puntos de España. Llevan estas monedas el nombre del emperador romano encima del busto del rey, probablemente para facilitar su curso.

Las del tiempo de Rechiario (449-456) llevan todavía el nombre de Honorio por timbre y á título de legalidad, porque él fué quien autorizó á los suevos mediante pacto

(1) Fuera de los casos de sublevacion de una parte de los suevos contra la otra, lo que nosotros vemos en esta duplicidad de reyes es el deseo de suprimir la eleccion y asegurar la sucesion hereditaria. Por eso reina generalmente el hijo al lado del padre y luego le sucede.

(N. del T.)

(*foedus*) solemne del año 417 á establecerse en el país, del mismo modo que el rey ostrogodo Totila empleaba en sus monedas el nombre del emperador Anastasio, aunque habia muerto mucho tiempo hacia, porque Anastasio habia hecho el convenio para la ocupacion de Italia con Teodorigo. Solo así se explica el nombre de Honorio en las monedas de Rechiario.

Cuando al principio los reyes suevos eran todavía paganos ó arrianos, trataban á la Iglesia católica con frecuencia como enemiga; así la muerte del rey Hermigaro se atribuye por la crónica á un castigo de Dios por haber aquel rey insultado á Santa Eulalia de Mérida; pero despues vemos que el obispo Antonio de Mérida, Toribio de Astorga y sus colegas de Lamego, Lugo, Chaves ú Orense (Idacio) correspondian libremente entre sí, con el clero galicano y con Roma; que podian perseguir á los maniqueos, tener una controversia y concilio contra los priscilianistas é interceder con sus reyes con muy buen resultado á favor de los naturales del país, ó provinciales romanos. Tampoco cesó de existir la division diocesana en todo aquel período oscuro desde Remismundo hasta Teodomiro. El martirio de San Vicencio, el del abad Ranimiro y el de los doce monjes del convento de San Claudio que se dice haber ocurrido en el año 554 por obra de los suevos arrianos es apócrifo.

Católicos ya, ejercieron los reyes suevos la jurisdiccion régia sobre la Iglesia. En 1.º de mayo de 563 se reunió el primer concilio de Braga por orden del rey Teodomiro y bajo la presidencia del metropolitano Lucrecio que en su alocucion declara haberse cumplido al fin su ardiente y constante deseo de ver reunido un sínodo, gracias á la orden del rey inspirado por Dios; (al parecer se habian opuesto sus predecesores arrianos tenazmente á la reunion de concilios católicos), concilio que empezaria por condenar la herejía de los priscilianistas «á fin de disminuir en este confín del mundo la ignorancia» en semejantes cosas. En su consecuencia se leyeron los cánones de los concilios antiguos que el papa Leon promovió en 441 y 448 en España contra la citada herejía y en seguida se redactaron y votaron 17 cánones nuevos. Despues se leyeron muchas resoluciones de otros sínodos antiguos y con gran respeto una epístola del papa Vigilio al *profuturo de Braga*, escrita en 458; y finalmente se fijaron otros veintidos cánones encaminados á restablecer el orden en los ejercicios religiosos que en «esta apartada provincia» se habian conturbado mucho.

Se niegan la autenticidad y la existencia de un concilio en Lugo y naturalmente sus resoluciones, en el cual se dice que propuso y obtuvo el rey Teodomiro el establecimiento de un segundo arzobispado para su reino en Lugo, y luego el aumento y exacta demarcacion de los obispados suevos. En cambio es positivo el segundo concilio de la misma ciudad por Martin de Braga, que por orden del rey Miro se reunió en 1.º de junio del año 572, y en el cual el presidente declaró que el rey, indudablemente por inspiracion divina, habia mandado á los obispos de ambos arzobispados constituirse en asamblea. Despues de leerse los cánones del concilio primero de Braga, se añadieron diez mas, referentes á la disciplina de la Iglesia; en el primero se inculca á los obispos su obligacion de visitar cada año todas las iglesias de su respectiva diócesis, de inspeccionar en cada iglesia el primer día el clero, y el segundo á los feligreses para amonestarlos á que conserven intacta su fe en la resurreccion y en el juicio final, y huyan de la idolatría, del homicidio, adulterio, perjurio, falso testimonio y otros pecados mortales. Se prohíbe en los demás á los obispos exigir en estas visitas pastorales mas de dos sueldos de cada iglesia,

y no un tercio de sus rentas, destinadas á obras y alumbrado; se prohíbe tambien obligar al clero á prestaciones materiales; dejarse corromper y sobornar por el interés para ordenar legos indignos y criminales; exigir nada por bautizos, por la consagracion de iglesias ni por el crisma; consagrar iglesia alguna sin informarse de si tiene la dotacion necesaria, ni establecer ninguna por especulacion para darse con la mitad de las limosnas que se cobraran para su conservacion. Por último, se manda no admitir quejas ni acusaciones contra eclesiásticos por su vida lujuriosa y ataques al pudor si no iban acompañadas de dos testigos y castigar en caso contrario á los acusadores con la excomunion.

En memoria de su conversion al catolicismo fundó el rey

Teodomiro la célebre basilica de San Martin en Braga á la cual dotó al propio tiempo con las tierras adyacentes. Las 29 diócesis en que se dice dividió el rey Miro el reino suevo fueron arregladas por concilios posteriores. Este rey estaba en relaciones muy amistosas y constantes con San Martin, obispo de Dumio, al cual instaba, á pesar de no saber leer, á que le favoreciese con sus producciones literarias. El obispo satisfizo su deseo y le mandó una *Instruccion para vivir honestamente*, diciendo con finura cortesana: que bien sabia que el rey no la necesitaba por estar dotado de talento natural, pero que seria muy útil á las personas que le rodeaban.

Las relaciones entre la Iglesia del reino suevo y Roma eran muy activas á fines del siglo v.

LIBRO IV

LOS PUEBLOS GODOS MENORES

CAPITULO I

LOS HÉRULOS

Esta rama goda era quizá idéntica á la de los suardones porque ambos nombres se derivan de dos voces godas, *hairu* y *suardu*, que vienen á significar lo mismo, es decir *espada*. Cuentan las antiguas leyendas que los hérulos, despues de predominar largo tiempo en la isla de Escancia, fueron expulsados finalmente por los daneses, y hubieron de establecerse en la costa Sudoeste y en algunas islas del Báltico. De allí salieron con frecuencia muchos grupos de este pueblo, el mas errante de todos los de raza germánica, conducidos por sus respectivos caudillos impulsados de su carácter guerrero, en busca de aventuras; muchos entraron al servicio de Roma, que los apreciaba por su valor indómito, y en tiempo del emperador Galieno llegó uno de sus jefes á la dignidad de cónsul; pero faltos de toda idea de nacionalidad, desaparecieron todos estos grupos sin dejar huella, exterminados en los combates ó absorbidos por las poblaciones donde se hallaban.

Es probable que una parte notable del pueblo emigrara junto con otras ramas godas desde las orillas del Báltico á las de la embocadura del Danubio y hasta á las del Mar Caspio, porque á mediados del siglo iv venció allí Ermanarico á un rey hérulo llamado Alarico, «porque, dice el autor que menciona este hecho, la porfia tenaz de los (ostrogodos) contrarestó el empuje de los hérulos.» Parece que estos hérulos meridionales fueron retrocediendo delante de los hunos Danubio arriba, hasta que estos conducidos por Atila los alcanzaron y sometieron obligándolos con su rey á marchar con ellos en el año 451 hácia la Galia. Muerto Atila, se separaron los hérulos, como de los gépidos y ostrogodos, de los hunos. Por el año 560 hordas hérulas procedentes del Este, es decir de las bocas del Danubio, devastaron el país de Salzburgo; y entonces muchos de este pueblo entraron al servicio de Constantinopla y de Roma, probablemente por no poder resistir en su país, como los demás pueblos poco numerosos, al creciente poderío de los ostrogodos. Muchos sirvieron en las filas de Odoacro; y en los ejércitos bizantinos del siglo vi desempeñan un papel muy notable á las órdenes de sus propios caudillos ó caciques, como Fara que mandaba 300 y despues 100, y contribuyó mucho á la victoria que Belisario alcanzó sobre los persas junto á Dara. Luego este mismo Fara estuvo encargado de sitiar al último rey vándalo encerrado en la peñascosa sierra de Pappua que al fin se le entregó. Tambien se distinguieron siempre los hérulos mandados por sus caudillos en las campañas de Italia con-

tra los ostrogodos. Narses les era muy simpático; tanto, que al ser llamado este general á Constantinopla no quisieron seguir con Belisario. Despues enriquecidos por la venta de su botín al ejército de Uraia, juraron á los ostrogodos no combatir mas contra ellos y se marcharon para volver á su país; pero apenas llegaron á Venecia, ya se arrepintieron de su juramento y volvieron á Constantinopla para tomar otra vez servicio. Posteriormente fué Narses, por orden de Justiniano, á tratar de nuevos enganches con sus régulos (*arcontes*), de modo que en su campaña decisiva contra los mismos ostrogodos en tiempo de Totila y Teya tuvo en sus filas 3,000 jinetes hérulos mandados por su caudillo Filimuto. Muerto este, les dió Narses por jefe á Vulcario, sobrino de otro caudillo hérulo llamado Fanateo, muerto delante de Cesena, «porque, dice el historiador griego, habian de ser siempre mandados por jefes de su raza,» y respecto á Vulcario añade: «Este caudillo arrojado, pero imprudente y temerario, no considera como obligacion y mérito de un jefe disponer el orden de batalla y dirigirla, sino dar el ejemplo á los suyos atacando á la cabeza de ellos personalmente al enemigo.» Por esto cayó tambien en la emboscada que le preparó Butilino cerca de Parma, y «cuando todos huyeron, él se quedó con su séquito de lanceros á hacer frente al enemigo y murió con ellos despues de una lucha heróica contra el mayor número.» Se puede inferir de aquí que los jefes de mercenarios hérulos tenian una escolta ó acompañamiento particular formado de guerreros escogidos. Los que se salvaron se dividieron sobre la eleccion de un nuevo jefe; los unos querian á un tal Aruto, y los otros á Sindual (quizás equivalente á Sinibaldo), ambos igualmente valientes; pero Narses confirmó el nombramiento del último. Este caso deja suponer que los jefes eran electivos, y que cuando menos sus tropas tenian el derecho de proponerlos al general romano. Momentos antes de la batalla de Capua llevaron á Narses la noticia de que uno de los hérulos mas principales entre los suyos acababa de matar con inaudita crueldad á uno de sus criados ó siervos germánicos por una falta insignificante. En seguida llamó el general á su presencia al culpable, el cual muy léjos de negar el hecho, dijo que el amo tenia derecho á matar á su esclavo para escarmentar y dar ejemplo á los demás. Narses no lo entendió así, y para demostrar á sus mercenarios que se hallaban en su ejército, y no en las selvas de su país, hizo dar muerte al culpable segun la justicia romana, no segun las de su pueblo. Indignados los hérulos, «bárbaros como son,» dice el autor griego, determinaron abstenerse de combatir; pero al ver que Narses no hacia el menor caso de ellos y se preparaba tranquilamente

á empeñar la batalla sin su auxilio, le mandaron á decir que les aguardara que querian tomar parte en el combate. «Así lo hicieron, dice el historiador, para que luego no se supusiera que se habian abstenido por miedo y no por agravio de la muerte de su caudillo.»

Exterminados los ostrogodos, quiso aprovechar Sindual la confusion para formarse un señorío independiente en las montañas donde habitaban los breones; pero Narses le hizo prisionero y le mandó ahorcar.

Procopio refiere además lo que le contaron muchos hérulos en el ejército de Belisario y en Constantinopla sobre el país á orillas del Danubio donde vivian. Estos datos son naturalmente en parte fábulas; pero en el fondo están basados sobre sucesos reales. Resulta de ellos que los hérulos, siempre inquietos y belicosos, habian sometido muchas tribus vecinas en la orilla septentrional del Danubio, entre ellas la de los longobardos antes del año 491. Tres años despues, cansados de paz por no tener mas enemigos que vencer, importunaron á su rey Rodulfo llamándole cobarde afeminado para que atacase sin motivo ni siquiera pretexto otra vez á los longobardos. Sorprendidos estos, alegaron que siempre habian ido pagando puntualmente el tributo convenido; que en el caso de haberse equivocado ó mermado en algo las cantidades debidas, se ofrecian á pagar la multa que se les impusiese, y que estaban prontos tambien á satisfacer en adelante mayor tributo, si sus vencedores no consideraban suficiente el estipulado. Pero de nada sirvieron estas ofertas; el rey hérulo despidió tres embajadas sucesivas con terribles amenazas, y entonces los desgraciados longobardos clamaron al cielo pidiendo un juicio de Dios, en el caso de que por necesidad se viesen obligados á defender sus vidas. Libróse la batalla; los hérulos envalentonados por su gran número no hicieron caso de los signos celestes y presagios amenazadores, y perdieron junto con su rey la mayor parte de su gente. No teniendo ya fuerza para hacer frente á sus vecinos tanto tiempo maltratados y deseosos de vengarse, diéronse prisa á evacuar el país con sus mujeres é hijos y subieron por la orilla del Danubio. Los longobardos contaban estos sucesos al revés, atribuyéndose ellos la culpa de la guerra, conforme se lee en Pablo Diácono que lo supo por ellos mismos. Dice así Pablo Diácono: «El hermano del rey de los hérulos, Rodulfo, de vuelta de una visita al rey longobardo Tato, hubo de pasar por delante de la morada de su hija Rumetruda. La muchacha, sorprendida de tan apuesta y noble comitiva, trató de saber quiénes eran, y enterada de ello, invitó al caudillo á aceptar una copa de vino. Aceptóla el caudillo sin malicia alguna, pero al ver que la jóven observando su pequeña estatura se burlaba de él y le insultaba con palabras inconvenientes, la contestó encendido en cólera avergonzándola á su vez de tal manera, que ella no pudiendo ya contestar juró en su interior vengarse. Disimuló entonces su despecho, y fingiendo gran mansedumbre, púsose risueña, tranquilizó á su huésped con expresiones amables y le invitó á que tomara asiento junto á una ventana que con feroz astucia habia tapado con un precioso tapiz. En seguida avisó á sus criados y les mandó que cuando ella dijese al copero «echa,» ó mejor dicho «mezcla,» (pues se mezclaba el vino con agua en los vasos de los huéspedes), traspasasen desde fuera con sus lanzas al confiado príncipe. Así se hizo y por este motivo el hermano de la víctima, el rey Rodulfo, emprendió la guerra de exterminio y de venganza. Esto era en el año 494 y sigue la leyenda: «Confiando en la práctica y valor de sus hérulos, por estar siempre guerreando con todo el mundo y haber vencido tantos pueblos, no dudó el rey de la victoria y quedó durante la batalla tranquilamente sentado en el campamento jugando á las tablas, despues de ordenar

á uno de sus siervos que subiera á un árbol y desde allí observara la marcha de la accion, pero prohibiéndole bajo pena de muerte que le dijera que los suyos huian. Bien vió el vigia el creciente aprieto de los hérulos que combatian segun su costumbre casi enteramente desnudos, ya para tener mas libertad de movimientos, ya para mostrar al enemigo sus heridas y el poco caso que hacian de ellas; bien vió que los longobardos los iban arrollando; pero temiendo el castigo contestó invariablemente á las preguntas del rey: «no pueden pelear mejor.» Al fin, cuando vió que todos daban la espalda al enemigo, no pudo resistir mas, y aunque ya demasiado tarde, gritó al rey: ¡Ay de tí, pobre hérulo, la ira del Señor viene sobre tu cabeza! Espantado le preguntó el rey: ¿mis hérulos huyen? á lo cual contestó el vigia: «Tú lo has dicho, no yo.» Entre tanto llegan los longobardos haciendo gran carnicería; el rey con su escolta ya no vacila y lucha con valor hasta morir, mientras que los suyos huyen en todas direcciones tan aterrorizados y cegados por obra del cielo, que tomando los verdes campos de lino por las olas del rio se arrojan á ellos con los brazos extendidos creyendo poder atravesarlos á nado. Allí fueron muertos como rebaños de animales indefensos por los longobardos. Interesante es este caso de alucinacion que presenta uno de los rasgos principales del dios Vodan, y que se ha conservado bajo innumerables formas en muchas tradiciones, leyendas y cuentos populares, ya trágicas ya divertidas de los pueblos germánicos. Como trofeo se llevó el rey de los longobardos el yelmo de combate y la bandera «que llaman bando» del rey Rodulfo.

Desde entonces los hérulos, debilitados y reducidos en extremo, no eligieron mas rey; porque generalmente se ve, dice Pablo Diácono, que los pueblos bárbaros eligen rey cuando van pujantes y no en la desgracia. Sin embargo, despues vuelve á hablarse de uno. En su huida, pues no era otra cosa su emigracion, hicieron alto en el país que los rugios acababan de abandonar para marcharse con los ostrogodos á Italia; pero asolado como estaba el país, obligóles el hambre á ir mas adelante hasta llegar al de los gépidos, que despues de admitir á los fugitivos sin hogar ni patria, acabaron por oprimirlos y atacarlos. No pudiendo resistir los hérulos pasaron el Danubio y el emperador Anastasio, que reinó desde 491 hasta 518, les designó territorio donde establecerse. Libres ya de miseria, no tardaron en volverse insolentes contra sus protectores los romanos; pero fueron pronto escarmentados y solo á fuerza de muchas instancias y súplicas lograron ser perdonados y tolerados como pueblo sometido á medias, con el pacto acostumbrado de pelear contra los enemigos del imperio cuando este los llamase. No por esto supieron mantenerse en paz ni cumplir lo pactado, hasta que Justiniano les designó mejores tierras y fuertes anualidades en dinero á condicion de hacerse cristianos y servir en sus ejércitos. No tuvo inconveniente su rey Getes ó Gretes en marchar á Constantinopla y recibir allí el bautismo; pero no habiendo variado por esto su índole errante y excitable que destruia todos los cálculos y trabas, no tardaron en hacer traicion á los imperiales y volver á su paganismo. Procopio, tan justo con los ostrogodos, dice de los hérulos: «De repente manifestóse el genio iracundo de este pueblo, sin motivo alguno, contra su rey Ocon (quizá el sucesor de Getes), á quien mataron por la sola razon, segun ellos, de que no querian mas rey, á pesar de que no se distinguia en nada de su pueblo excepto en el título; porque en las reuniones y en los banquetes se presentaban todos los que querian, se sentaban donde les acomodaba y le trataban á él con insolencia. Apenas le habian muerto, cuando cambiaron de parecer; declararon que sin caudillo y jefe no podian

vivir, y despues de muchas consultas resolvieron llamar á un miembro de la familia real de la isla de Tule (1). Cuando vencidos por los longobardos emigraron, y una parte de ellos pasó el Danubio refugiándose en territorio romano, es decir en la Iliria, resolvió otro grupo no pasar el rio y no someterse á los romanos. Caminó pues adelante este grupo, conducido por varios miembros de su familia real al través de muchas tribus eslavas saliendo victorioso de todos los encuentros, hasta que llegó al país de los varnos (que segun Procopio vivian junto al Báltico), y de allí al último extremo de la tierra firme donde empieza el mar. Allí se embarcaron estos hérulos y llegaron á la isla de Tule, donde tomaron tierra y se unieron al poderoso pueblo de los gautos.»

Esta relacion de Procopio puede admitirse como perfectamente verídica, solo que él ignoraba que esta emigracion hácia el mar del Norte ó el Báltico no era mas que el regreso á su patria anterior, donde ciertamente debian de haber quedado algunas tribus, como quizás tambien en Suecia y la Gotlandia, cuando las otras se marcharon al Sur; y de todos modos tenian allí tribus afines suyas y amigas. Así resulta que los hérulos sometidos á los romanos al ir á buscar un rey á la isla de Tule no hacian mas que ir por él al país del cual descendian y donde probablemente habia quedado el tronco mas antiguo. El hecho es que encontraron muchos descendientes de la primitiva raza real, de modo que podian escoger á su gusto, lo cual hicieron; pero apenas habian llegado á su vuelta (de Escandinavia se entiende) al país de los daneses, murió el candidato electo, y hubieron de volver atrás á buscar otro llamado Todasio, dice el autor griego, quizás por Toda ó Teodahado. Este, acompañado de su hermano Aorda y una escolta de cuatrocientos jóvenes armados, marchó con la comision hácia el Sur. Durante el mucho tiempo que duró la ausencia dijéronse los hérulos que habian obrado tontamente al enviar por un rey á su tierra sin la vènia del emperador Justiniano; lo cual significaba la creciente preponderancia del partido afecto al imperio y quizás del cristianismo sobre la religion infante y pagana, division que hemos visto declararse tambien entre los visigodos. Enviaron, pues, una embajada á Justiniano con la solicitud de mandarles un rey de su gusto, lo cual se apresuró á hacer el emperador enviándoles á Suartua, hérulo tambien, pero desde muchos años establecido en Constantinopla y naturalmente celoso partidario de la religion cristiana y del imperio, muy propio para gobernador de aquellos germanos informales. Recibióle el pueblo con gran alegría, tanto mas, cuanto que no se salia de las estrechas atribuciones que la tradicion dejaba á los reyes. Quizás hubiera obrado con el tiempo de otro modo cuando se hubiese visto consolidado en su posicion; pero no llegó este caso, pues á los pocos dias de su investidura, llegó un mensajero con la noticia de que la comision enviada á Tule se hallaba ya de vuelta y estaba muy próxima. Suartua se apresuró á mandar á su encuentro una partida armada con orden de matar á los de la comision; pero vino otro mensajero diciendo que solo estaban á una jornada de distancia; entonces el pueblo entusiasmado salió á recibir al vástago de la antiquísima real familia, abrazando la causa de la libertad nacional. Suartua huyó á Constantinopla abandonado de todos; pero el emperador no le abandonó, antes bien al momento dispuso lo necesario para reinstalar á su protegido á la fuerza. Los hérulos lo supieron y rompieron el pacto hecho con el imperio, pasando á las filas de los gépidos sus vecinos y afines, que cabalmente se hallaban entonces en guerra con Justiniano. Llegó despues Suartua á la cabeza de

un cuerpo de ejército imperial, como antiguo jefe militar del emperador; atacó y castigó á los hérulos y gépidos reunidos, pasándose muchos de los primeros, sin duda los cristianos, á su partido, y Aorda, hermano del rey, que mandaba las fuerzas hérulas y gépidas, quedó completamente derrotado.

Esta es la última noticia que tenemos sobre los hérulos de la Iliria, que desde entonces desaparecieron para siempre de la escena, ya porque unidos á los gépidos fueron exterminados con ellos por los avares y por sus antiguos enemigos los longobardos, ya porque quedasen exterminados desde luego. Los del Norte de Europa desaparecieron igualmente, fundidos los de las islas y Suecia con los gautos, y los de las costas alemanas (si algunos quedaron en 540) con los daneses, jutlandeses y anglo-sajones.

Muy instructivas son estas relaciones, porque tambien la tradicion pura es el reflejo de la vida real. Así se desprende de las tradiciones hérulo-longobardas que la monarquía y la civilizacion en estos pequeños grupos germánicos eran análogas á las de los otros pueblos de esta raza, de los cuales como mas poderosos hemos podido dar mas pormenores. Allí vemos en la morada de la hija del rey longobardo y en los sucesos ulteriores que habia siervos ó esclavos, copero ó escancador, séquito ó escoltas armadas, tapices, yelmos y estandartes reales; pero nada de trono. Característico es como para el griego Procopio no merece el nombre de dignidad real la que describe como en uso entre este pueblo tan rudo como excitable, y el afecto profundamente arraigado en él á su primitiva familia real, mas fuerte que todas las sugestiones de prudencia y de interés material.

Algunos han querido ver en los bávaros actuales descendientes de los hérulos; pero no hay nada de esto. El dialecto y las tradiciones populares de los bávaros prueban hasta la evidencia que son verdaderos suevos, es decir, marcomanos y acaso cuados.

CAPITULO II

LOS GÉPIDOS

Tambien pertenecen los gépidos á la raza goda, y emigraron, segun la tradicion conservada por Jordanis, con los demás pueblos godos de la Escandinavia, estableciéndose primero en la embocadura del Vístula á orillas del Báltico, y de allí, subiendo probablemente el rio hácia el Sur, formando siempre como la retaguardia de los godos en sus emigraciones; tanto que la tradicion, por el largo tiempo que siguieron á los godos, supone que les viene su nombre de *gepantu*, bagaje, si bien esta etimología no puede sostenerse. Como á todos sus afines, la tradicion los presenta, hasta su desaparicion de la historia, guiados ó acaudillados por reyes. El primero que se cita se llamaba Fastida. Habia este vencido á los borgoñones y á otros vecinos suyos, cuando quiso medir sus fuerzas, por el año 250, con el ya pujante pueblo godo reunido bajo el mando del rey Ostrogota. Pretendió Fastida que Ostrogota le cediese ciertos territorios por medio de los cuales los gépidos, ávidos de botin, pudiesen ser tambien vecinos limitrofes de las indefensas provincias romanas, de las cuales veian á los godos volver continuamente cargados de riquezas. Rechazadas estas pretensiones, llegaron ambos pueblos á las manos á orillas del rio Aucha cerca de la ciudad de Galtis, y quedando vencidos los gépidos, hubieron de retirarse á su antiguo territorio. Desde entonces no se oye hablar por mucho tiempo de ellos; es muy probable que cien años despues formasen parte del gran pueblo godo acaudillado por Ermanarico, y que luego fuesen sometidos por los hunos, bajo cuyo dominio debieron de hacer al principio un papel muy

(1) Se supone ser la Islandia por algunos, pero en este relato se ha de entender por la Gotlandia en la Escandinavia. (N. del T.)